

EL AYUDANTE
ROBERT WALSER



El ayudante cuenta, con una ironía extraordinaria, la historia del ingeniero Tobler, que se separó de su mujer y sus cuatro hijos después de su ruina, a la que asistirá paso a paso, y de la manera más sumisa, su fiel empleado Joseph. Walser narra una experiencia autobiográfica, apenas alterada, después de trabajar seis meses en la casa del ingeniero Dubler. La novela se publicaría en 1908, siendo acogida por la crítica con el mayor de los entusiasmos.

Una mañana, a las ocho, un joven se detuvo ante la puerta de una casa solitaria y de aspecto elegante. Llovía. «Estoy casi asombrado», pensó, «de haber traído el paraguas». Pues nunca había tenido uno en años anteriores. En una de sus manos, estirada hacia el suelo, sostenía una maleta marrón, de las más baratas. Frente a los ojos del muchacho, que parecía llegar de un viaje, se podía leer en un letrero esmaltado: «C. Tobler. Oficina técnica». Esperó un instante aún, como para pensar sobre algo de escasa importancia, y pulsó el botón del timbre eléctrico, tras lo cual se presentó una mujer, criada según todas las apariencias, para hacer que entrara.

—Soy el nuevo empleado —dijo Joseph, pues tal era su nombre. Que entrase y bajase a la oficina; la criada señaló la dirección con un gesto: el señor vendría en seguida.

Joseph bajó por una escalera que más parecía hecha para gallinas que para personas, y entró directamente en la oficina técnica, a mano derecha. Al cabo de un instante se abrió la puerta. El visitante había reconocido en seguida al jefe por sus pasos firmes sobre los peldaños de madera y por la forma de abrir la puerta. La aparición no hizo más que confirmar esa certeza previa: era, en efecto, Tobler en persona, el dueño de la casa, el señor ingeniero Tobler. Abrió mucho los ojos, parecía enfadado y de hecho lo estaba.

—¿Por qué —preguntó a Joseph con una mirada punitiva— se ha presentado usted hoy? ¡Lo había citado para el miércoles! Aún no he terminado mis preparativos. ¿Tanta prisa tenía? ¿Có...?

La omisión del «mo» final le pareció a Joseph un tanto desdeñosa. Una palabra así mutilada no es que suene precisamente a caricia. Replicó que en la oficina de empleo habían insistido en que se presentase aquel día, lunes, temprano. Si se trataba de un error, le pedía excusas, pero en verdad no era culpa suya.

«¡Qué bien educado soy!», pensó el joven al tiempo que, involuntariamente, sonreía para sus adentros de su propia reacción.

Tobler no pareció dispuesto a disculparlo de inmediato. Insistió varias veces en lo mismo, mientras su cara, roja ya de por sí, enrojeció aún más de indignación. No «comprendía», se «asombraba» de esto y aquello, hasta que finalmente, cuando su estupor ante el error cometido hubo pasado, dejó entrever a Joseph que podía quedarse.

—De todos modos, ya no puedo decirle que se vaya. ¿Tiene hambre? —añadió. En un tono bastante ecuánime, Joseph respondió que sí. Pero al punto se sorprendió de su calma al responder. «Hasta hace sólo medio año», pensó velozmente, «la solemnidad de semejante pregunta me hubiera intimidado, ¡y cómo!»—. ¡Siéntese! Donde prefiera, es igual. Y coma hasta saciarse. Aquí tiene pan. Corte cuanto le apetezca. Y sin cumplidos, por favor. Sírvese varias tazas de café: hay bastante. Y aquí está la mantequilla, lista para ser untada, como ve. También hay mermelada, en caso de que le agrade. ¿Quisiera unas patatas asadas?

—Pues sí, ¿por qué no?, con mucho gusto —tuvo el valor de responder Joseph. Al oír lo cual Tobler llamó a Pauline, la criada, y le encargó que preparase a toda prisa lo deseado. Concluido el desayuno, los dos hombres bajaron de nuevo a la oficina, y entre mesas de dibujo, compases y lápices dispersos, mantuvieron aproximadamente este diálogo:

Le hacía falta una persona inteligente, un cerebro, como empleado, dijo Tobler con rudeza. De nada le serviría una máquina. Si Joseph se proponía trabajar a la buena de

Dios, sin método ni previsión de ningún tipo, que por favor se lo dijera en seguida, para saber desde un principio a qué atenerse. Él, Tobler, necesitaba un tipo inteligente, una persona capaz de trabajar por sí sola. Si Joseph creía no serlo, que por favor tuviera la amabilidad de..., etc., etc. Sobre este punto el inventor técnico no tuvo reparos en repetirse.

—Pero, Herr Tobler —replicó Joseph—, ¿por qué no habría yo de ser inteligente? En lo que a mí respecta, creo y espero firmemente estar siempre en condiciones de cumplir con lo que usted crea poder exigirme. Además, pienso que aquí arriba (la casa de los Tobler se alzaba sobre una colina) sólo estoy, por ahora, en período de prueba. El tenor de nuestro acuerdo mutuo no le impide en modo alguno despedirme cuando lo considere necesario.

Tobler juzgó oportuno añadir que no esperaba llegar a esos extremos. Pidió a Joseph que no tomara a mal nada de lo que él, Tobler, acababa de decirle. Simplemente creyó que era su deber hablar claro desde el principio, cosa que, en su opinión, sólo podía redundar en beneficio de ambas partes. Así cada uno sabría a qué atenerse con respecto al otro, y todo iría mejor.

—Por cierto —ratificó Joseph.

Tras estos preliminares, el superior señaló al subordinado el lugar donde «podría» escribir. Era éste un pupitre excesivamente bajo y estrecho, con un cajón en el que se guardaban la caja para los sellos y unos cuantos libritos. La mesa, pues en realidad era sólo eso y no un pupitre de verdad, se hallaba adosada a una ventana, al nivel del jardín. Por ella se veía al fondo el lago inmenso y, más allá, la orilla opuesta. Todo parecía mortecino aquel día, pues no paraba de llover.

—Venga por aquí —exclamó de pronto Tobler con una sonrisa que Joseph encontró más bien inoportuna—, ya va siendo hora de que mi esposa lo conozca. Venga conmigo, que se la presentaré. Y luego le enseñaré su dormitorio.

Lo condujo al primer piso, donde les salió al encuentro una figura femenina alta y delgada. Era «ella». «Una mujer normal y corriente», estuvo a punto de pensar el joven empleado, pero añadió mentalmente: «Y sin embargo: no». La dama observó al «nuevo» entre irónica e indiferente, pero sin intención alguna. Ambas cosas, la frialdad y la ironía, parecían innatas en ella. Le tendió indolentemente una mano, casi con pereza, y él se la estrechó al tiempo que se inclinaba ante la «dueña de la casa». Así la llamó en su fuero interno, no para enaltecerla, sino, muy al contrario, para humillarla rápidamente y en silencio. A sus ojos, esa mujer se daba decididamente demasiadas ínfulas.

—Espero que se sienta a gusto con nosotros —dijo ella con una voz extrañamente aguda y haciendo un ligero mohín.

«Sí, dílo, dílo. Muy bonito. ¡Cuánta amabilidad! Ya veremos». En estos términos juzgó conveniente Joseph comentar para sí mismo el saludo de bienvenida. Acto seguido le mostraron su habitación arriba, en la torre revestida de cobre: una habitación en cierto modo romántica y distinguida. Además, parecía clara, aireada y acogedora. La cama era impecable; pues sí: en semejante habitación daba gusto vivir. No estaba mal. Y Joseph Marti, que tales eran su nombre y apellido, depositó en el parqué la maleta con la que había subido.

Más tarde fue iniciado brevemente en los secretos comerciales de las empresas Tobler y puesto al corriente, sin mayores detalles, de las tareas que le serían encomendadas. Por una extraña razón sólo entendió la mitad. Se preguntó qué le pasaría y se hizo varios reproches: «¿Seré acaso un impostor? ¿O un charlatán? ¿Querré estafar a Herr Tobler? Él exige un "cerebro" y justo hoy yo estoy absolutamente descerebrado. Espero que la cosa mejore mañana temprano o esta misma tarde».

El almuerzo le pareció excelente.

Y volvió a pensar, preocupado: «¿Cómo? Estoy aquí sentado, comiendo como hace quizá varios meses no lo hacía, y no entiendo ni pío de los enredos comerciales de Tobler. ¿No es esto un robo? La comida es exquisita, me recuerda mucho la de casa. Mamá preparaba este tipo de sopa. ¡Qué legumbres tan frescas y sustanciosas! ¡Y qué carne! ¿Dónde encontrar cosas así en la gran ciudad?».

—Coma, coma —lo animaba Tobler—. En mi casa se come mucho y bien, ¿me entiende? Pero después hay que trabajar.

—El señor podrá ver que no me hago de rogar —replicó Joseph con una timidez que estuvo a punto de enfurecerlo. Pensó: «¿Me seguirá espoleando a comer así dentro de ocho días? ¡Es vergonzoso sentir cuánto me gusta esta comida ajena! ¿Justificaré mi insolente apetito con un rendimiento adecuado?».

Repitió un poco de cada plato. Pues sí: venía de las profundidades de la sociedad humana, de los rincones sombríos, silenciosos, miserables de la gran ciudad. Llevaba meses comiendo mal.

Se preguntó si se le notaría, y enrojeció.

Sí, los Tobler debieron de notarlo un poquitín. La señora lo miró varias veces casi compasivamente. Los cuatro hijos, dos niñas y dos niños, lo observaron de reojo como a un ser salvaje y extraño. Esas miradas tan abiertamente interrogativas y escrutadoras lo descorazonaron. Son miradas que recuerdan la fugaz aproximación a algo extraño, la soltura y comodidad propias de ese algo extraño, que representa una patria de por sí, y el desamparo de quien, sentado a una mesa como lo estaba Joseph en aquel momento, tiene la obligación de integrarse, con rapidez y buena voluntad, en ese mundo agradable y lejano. Son miradas que a uno lo hielan bajo el sol más ardiente: penetran fríamente en el alma y permanecen un instante en ella, gélidas, antes de abandonarla como entraron.

—Y ahora, ¡a trabajar! —exclamó Tobler. Ambos se levantaron de la mesa y se dirigieron, el jefe por delante, a la oficina del sótano, para trabajar siguiendo aquella orden.

—¿Fuma?

Sí, a Joseph le encantaba fumar.

—¡Coja un puro de aquel paquete azul! Puede fumar tranquilamente mientras trabaja. Yo también lo hago. Y ahora mírese un poco estos papeles, examínelos bien: son los que exigen para el «reloj publicitario». ¿Es usted buen calculador? Pues tanto mejor. Se trata en primer lugar..., pero ¿qué hace?: el cenicero está para la ceniza, jovencito; soy amante del orden entre mis cuatro paredes. Como le decía, se trata en primer lugar (coja usted un lápiz) de recapitular, de calcular exactamente los beneficios de este proyecto. Siéntese aquí, que le daré las instrucciones necesarias. Y por favor escúcheme bien, pues no me gusta repetir dos veces las cosas.

«¿Podré hacerlo?», pensó Joseph. Menos mal que se podía fumar en un trabajo tan difícil. Sin puro, habría dudado honestamente de la capacidad de su cerebro.

Mientras el empleado escribía, su jefe, controlando de rato en rato el incipiente trabajo por encima del hombro, iba y venía de un extremo a otro de la oficina, con un puro largo y curvado entre sus bellos dientes, de deslumbrante blancura. Y al hacerlo dictaba cifras que una mano de subordinado iba anotando ágilmente, aunque tuviera aún poca práctica. Un humo azulino envolvió pronto a las dos figuras que trabajaban. Fuera, más allá de las ventanas, el tiempo parecía querer aclararse; Joseph echaba de vez en cuando una mirada a través del cristal y advertía el cambio que, gradualmente, se iba operando en el cielo. El perro se puso a ladrar frente a la puerta. Tobler salió un instante para calmar al animal. Tras dos horas de trabajo, Frau Tobler les mandó decir con uno de los niños que el café estaba servido fuera, en la glorieta, ya que el tiempo había mejorado. El jefe cogió su sombrero y dijo a Joseph que fuera a tomar

café y pasara luego a limpiar aquellas notas tomadas al vuelo: cuando acabase ya sería de noche, probablemente.

Luego se fue. Joseph lo vio bajar la colina a través del jardín. «Qué figura tan imponente la suya», pensó, permaneciendo inmóvil un buen rato antes de ir a tomar su café en la preciosa glorieta, pintada de verde.

Durante la merienda, la señora le preguntó:

—¿Ha estado usted sin trabajo?

—Sí —contestó Joseph.

—¿Mucho tiempo?

Él le dio la información solicitada, y siempre que hablaba de ciertas personas o situaciones humanas lamentables, la dama lanzaba un suspiro. Lo hacía con una ligereza y superficialidad totales, reteniendo en su boca los suspiros más de lo necesario, como si cada vez pudiera deleitarse con los encantos de ese tono y esos sentimientos.

«Hay gente», pensó Joseph, «que parece divertirse pensando en cosas tristes. ¡Cómo esta mujer finge que piensa! Suspira como otros se ríen, con la misma alegría. ¿Será ahora mi patrona?».

Más tarde se enfrascó en su tarea de pasar a limpio. Anocheció. A la mañana siguiente se vería si era una ayuda o una nulidad, una inteligencia o una máquina, un cerebro o una cabeza hueca. De momento le pareció que había hecho bastante. Arregló sus papeles y subió a su cuarto, feliz de poder estar un rato a solas. No sin melancolía empezó a vaciar su maleta —todo cuanto poseía— cosa por cosa, lentamente, recordando las innumerables mudanzas en las que había usado ya esa misma maletita. El joven empleado sintió cuán entrañables pueden resultarnos las cosas humildes. Y mientras acomodaba con intencionado esmero su escasa ropa blanca en el armario, se preguntó cómo le iría en casa de los Tobler: «Bien o mal, ya estoy aquí, pase lo que pase». En su fuero interno se comprometió a esforzarse, al tiempo que tiraba al suelo un ovillo de hilos viejos y trozos de bramante, corbatas, botones, agujas y retales de

lino. «Ya que aquí me dan casa y comida, quiero esmerarme física y espiritualmente para merecerlo», siguió murmurando, «¿qué edad tengo ahora? ¡Veinticuatro años! Ya no soy lo que se dice un jovencito. Me he quedado atrás en la vida». Acabó de vaciar la maleta y la puso en un rincón. En cuanto creyó llegado el momento, bajó a cenar, luego se dirigió al correo del pueblo y, más tarde, a dormir.

En el curso del día siguiente creyó haber captado lo esencial de aquel «reloj publicitario» al comprender que el lucrativo invento consistía en un reloj ornamental que Herr Tobler estaba a punto de alquilar a administraciones ferroviarias, dueños de restaurantes, hoteleros, etc. «Un reloj de aspecto tan bonito», calculó Joseph, «puede colgarse por ejemplo en uno o más coches de tranvía, en un lugar donde salte a la vista de todo el mundo, de suerte que los usuarios, nuestro prójimo, puedan regular sus relojes según éste y saber en cualquier momento si es tarde o temprano. La verdad es que no está nada mal», siguió pensando muy serio, «sobre todo porque tiene la ventaja de estar vinculado a la publicidad. Con este fin le han colgado un par simple o doble de alas de águila, aparentemente de plata, o incluso de oro, para que puedan añadirse pinturas ornamentales. ¿Y qué querrán pintar en ellas si no es la dirección exacta de las empresas que utilicen esas alas —o campos, según reza el término técnico— para poner anuncios rentables? Un campo así cuesta dinero; por lo cual, como dice muy justamente Herr Tobler, mi jefe, sólo habrá que dirigirse a empresas comerciales e industriales de primera magnitud. Los pagos se efectuarán por adelantado, en cuotas mensuales estipuladas por contrato. Además, el reloj publicitario puede ser colocado casi en todas partes, dentro y fuera del país. Tobler, me parece, ha cifrado en él sus más firmes esperanzas. Es cierto que la fabricación de esos relojes y su ornamentación de cobre y estaño cuesta mucho dinero, y que hasta el decorador cobra lo suyo; pero es de esperar que, a cambio, los beneficios de los anuncios aflu-

yan, con mucha probabilidad, regularmente. ¿Qué le había dicho Herr Tobler esa misma mañana? Que pese a haber heredado una fortuna bastante apreciable, ya había "enterrado" todo su capital en el reloj publicitario. ¡Vaya broma: enterrar de diez a veinte mil francos en relojes! Por suerte no se me escapó la palabrita "enterrar", que me parece estar muy en boga, además de ser bastante expresiva, y que tal vez me vea obligado a utilizar pronto en mi correspondencia».

Y Joseph se encendió un puro.

«¡Qué bien se está realmente en la oficina técnica! Es cierto que la mayor parte de los negocios emprendidos me resulta aún incomprensible. Siempre me ha costado comprender todo lo nuevo y extraño. Tengo, eso sí, buena memoria. En general, la gente me considera más inteligente de lo que soy, aunque a veces sucede lo contrario. Todo esto es muy, muy extraño».

Cogió una hoja de papel, tachó el membrete con un par de plumazos y escribió a toda prisa lo siguiente:

Querida Frau Weiss: Es usted realmente la primera persona a quien escribo desde aquí arriba. La recuerdo, y este recuerdo es el primero y más simple y natural de todos los pensamientos que en este momento zumban por mi cabeza. Muchas veces se habrá usted asombrado de mi comportamiento durante el tiempo que pasé en su casa. ¿Recuerda aún cuán a menudo tuvo que arrancarme de mi existencia gris y solitaria, de todas mis malas costumbres? Es usted una mujer muy entrañable, buena y sencilla, y tal vez me permita tenerle cariño. ¡Cuántas veces, sí, casi todos los meses, he entrado en su habitación para rogarle que tuviera paciencia con el pago de mi alquiler mensual! Usted jamás me humillaba o, mejor dicho, sí, siempre: pero con bondad. ¡Cuánto se lo agradezco y cómo me alegra poder decírselo! ¿Qué hacen y cómo están sus señoritas hi-

jas? La mayor se casará pronto, me imagino. Y Fräulein Hedwig ¿sigue trabajando en la compañía de seguros de vida? ¡Qué preguntón soy! ¡Y qué preguntas tan necias las mías, ya que hace sólo dos días que no la veo! Tengo la impresión, mi muy querida Frau Weiss, de haber pasado años y años en su casa, hasta tal punto me parece bella y reconfortante la idea de haber vivido allí. ¿Quién podría conocerla sin empezar a quererla de inmediato? Usted me decía siempre que debía avergonzarme de ser tan joven y tan poco emprendedor, pues me veía todo el tiempo sentado o echado en la penumbra de mi cuarto. Su cara, su voz y su risa me han servido siempre de consuelo. Usted me dobla la edad y tiene doce veces más preocupaciones que yo; sin embargo, me parece muy joven, y ahora mucho más que cuando vivía en su casa. ¡Cómo he podido ser tan lacónico con usted! Además, todavía le debo dinero, ¿verdad? Y casi diría que me alegro. Las relaciones externas pueden así mantener vivas las internas. Nunca dude del respeto que le tengo. ¡Qué necedades digo! Aquí estoy viviendo en una villa preciosa, y por las tardes, cuando hace buen tiempo, puedo tomar café en la glorieta del jardín. Mi jefe ha salido en este momento. La casa se alza sobre una colina que podría calificarse de verde; abajo, justo a orillas del lago, la línea férrea corre paralela a la carretera. Tengo una habitación muy acogedora, casi diría señorial, en lo alto de una torre. Mi jefe parece ser un buen tipo, algo grandilocuente tal vez. Es posible que algún día surjan desavenencias personales entre nosotros. No lo deseo. De veras que no, pues me gustaría vivir en paz. Cuídese mucho, Frau Weiss. Conserve de usted una imagen bella y preciosa que no se puede enmarcar, pero tampoco olvidar.

Joseph dobló la hoja y la metió en un sobre. Sonrió. Pensar en aquella Frau Weiss le resultaba entrañable, ¿por qué?: apenas si lo sabía él mismo. Acababa de escribirle a

una mujer que, según la impresión que él debió de dejarle de su persona, no podía esperar una carta tan rápida y casi sentimental, y, de hecho, no la esperaba. ¿Tanto influía en Joseph el conocimiento casual de un ser humano? ¿Le gustaba dar sorpresas y hechizar? En cualquier caso, la carta le pareció aceptable tras una breve lectura y revisión, y, como aún estaba a tiempo, se encaminó al correo.

En el centro del pueblo, un joven cubierto de hollín de pies a cabeza se detuvo de pronto ante él, lo miró sonriendo y le tendió la mano. Joseph se hizo el sorprendido, pues de verdad era incapaz de recordar dónde y cuándo, en lo que llevaba de vida, podía haber conocido a esa figura ne-gruzca.

—¿Tú también por aquí, Marti? —exclamó el joven, y entonces Joseph lo reconoció: era un compañero del servicio militar que acababa de terminar; lo saludó, pero se despidió muy pronto pretextando un trabajo urgente.

«Sí, el servicio militar», pensó al proseguir su camino, «¡cómo concentra en un solo punto sensible a gente de todas las condiciones imaginables! En este país no hay ningún joven, por bien educado y sano que sea, que no deba resignarse un día a romper con su entorno elegido para hacer causa común con el primer tipo de su edad que se le presente, ya sea campesino, deshollinador, obrero, dependiente de comercio o vagabundo. ¡Y qué causa común! El aire del cuartel es el mismo para todos: se lo considera suficientemente bueno para el hijo de un barón, y apropiado para el último bracero. Las diferencias de rango y educación se pierden inexorablemente en un gran abismo, hasta entonces inexplorado: la camaradería. Ésta se impone porque lo abarca todo. La mano del camarada no es, ni debe serlo, impura para nadie. El tirano Igualdad es a menudo —o parece serlo— intolerable; ¡pero qué educador, qué maestro! La fraternidad puede ser recelosa y mezquina en las pequeñas cosas, pero también puede ser grande, y lo es, ya que posee las opiniones, sentimientos, energías e instin-

tos de todos. Cuando un Estado sabe encaminar la conciencia de la juventud hacia este abismo, lo bastante grande como para contener la Tierra entera (y más que suficiente, pues, para un solo país), podemos decir que se ha rodeado en todas las direcciones y fronteras de un sólido muro de fortalezas, inexpugnables porque son vivas y están provistas de pies, memorias, ojos, manos, cabezas y corazones. Los jóvenes necesitan de verdad un aprendizaje severo».

Aquí interrumpió su meditación el empleado.

«De hecho, he estado hablando y pensando como un capitán del ejército», pensó al tiempo que reía para sus adentros. Poco después se encontró de nuevo en casa.

Antes de hacer el servicio militar, Joseph había trabajado en una fábrica de artículos de goma elástica. Al evocar aquel período premilitar, vio ante sí un viejo edificio alargado, un sendero de grava negra, un cuarto estrecho y el rostro severo de un jefe con gafas. Lo habían contratado en calidad de auxiliar administrativo, como se dice, sólo provisionalmente. Con toda su personalidad no parecía más que una adherencia, un fugaz apéndice, un nudo atado sólo por un instante. Cuando entró en ese trabajo tuvo ya vivamente ante sus ojos el momento en que saldría. El aprendiz de la fábrica era «superior» a él en todo. En cada ocasión Joseph tenía que pedir consejo a ese ser aún no formado. Aunque esto, en el fondo, ni siquiera lo humillaba. ¡Ya se había acostumbrado a tantas cosas! Trabajaba atolondradamente, es decir, debía confesarse que una serie de conocimientos muy necesarios se le escapaban. Curiosamente, le costaba mucho asimilar ciertas cosas que otros captaban con asombrosa facilidad. ¿Qué podía hacer? Su consuelo y obsesión era la «provisionalidad» del empleo. Vivía en casa de una señorita mayor, de nariz respingona y labios abultados, que ocupaba a su vez una habitación muy extraña, pintada de verde claro. En un estante se alineaban unos cuantos libros antiguos y modernos. La señorita era, al parecer, una idea-

lista, pero no de las fogosas, sino más bien de las gélidas. Joseph no tardó en descubrir que mantenía una apasionada correspondencia amorosa con un impresor o delineante (ya no recordaba muy bien) emigrado al Cantón de los Grisones, como se enteró un día gracias a una larga carta olvidada por descuido sobre la mesita redonda. La leyó rápidamente, con la sensación de no estar cometiendo una indelicadeza grave. Por lo demás, la carta apenas merecía esa lectura clandestina: hubieran podido fijarla tranquilamente en todas las columnas de la ciudad, ¡tan poco misterioso e incomprensible para el no iniciado era su contenido! Plagiaba los libros que lee el gran público y contenía sobre todo descripciones de viajes de atrevidos y sombreados trazos. El mundo es hermoso, se decía en ella, cuando nos tomamos el trabajo de recorrerlo a pie. Seguían luego descripciones del cielo, las nubes, colinas, cabras, vacas, cencerros y montañas. ¡Qué importante era todo eso! Joseph tenía un cuartito que daba a la parte de atrás, en el cual leía. En cuanto ponía el pie en ese cuartito, sus lecturas empezaban a revolotearle en la cabeza. Ahí leyó una de esas grandes novelas que uno puede leer meses y meses. Iba a comer a una pensión para estudiantes del politécnico y aprendices de comercio. Le costaba mucho entablar conversación con esos jóvenes, por lo que casi nunca hablaba durante las comidas. ¡Qué humillante le parecía todo aquello! También allí era como un botón que colgara suelto y nadie se tomara la molestia de coser, porque ya se sabía de antemano que la chaqueta tendría un uso restringido. Sí, su existencia no era más que una chaqueta provisional, un traje que no acababa de ajustarse al cuerpo. Cerca de la ciudad se alzaba una colina redonda, no muy alta, cubierta de viñedos y coronada por un bosque. Estupendo lugar para pasearse. En él pasaba regularmente Joseph las mañanas del domingo, entregándose a ensueños lejanos, de casi mórbida belleza. Abajo, en la fábrica, la vida era menos bella, pese a que la primavera, al instalarse, empezaba a desplegar sus